



LEYENDAS

URBANAS

TRIBUS URBANAS

2.-Equipajes personales

Germinal

Siempre se ha dicho que *el habito no hace al monje*, aunque habría que añadir que *ayuda* a que nos hagamos una idea de cómo puede ser.

En la España antigua, la España de la dictadura, fuimos testigos de la tendencia a la uniformidad pura y dura. No sólo había hábitos religiosos, sino también uniformidad en los trajes de oficios (mecánicos, guardias, empleadas de hogar, ordenanzas y botones, soldados...) que, sin duda, producían un excelente ahorro en vestimenta. Uno o una se podía ir vestido de casa al trabajo. Era una costumbre que hoy parece prácticamente extinguida.

Dentro de la observación que venimos haciendo de nuestras tribus urbanas, vemos que la tendencia a la uniformidad, a la identificación con los del mismo grupo o gremio, está muy difuminada. Hoy se pone corbata cualquiera; los vaqueros ya no son Lois o Pitusa Rok y han sido incorporados a sus colecciones por los modistos de moda; no es posible distinguir por la ropa a las empleadas de hogar; la vida cotidiana se ha hecho laica y nadie luce hábito y hasta la guardia civil va apartando el tricornio.

¿Hemos evolucionado? ¿No hemos hecho más burgueses? ¿Tenemos más dinero para comprar ropa? Pues seguramente sí a todo, que se dice en lenguaje *windows*.

Una de las evoluciones más notables y curiosas que, creemos, también ha camuflado un poco la uniformidad gremial, son los equipajes personales, los utensilios (bolsas y derivados) en los que llevamos nuestras pertenencias a diario. Casi todos llevamos algo. Pero ¿qué llevamos?

Entre aquel obrero de la construcción con talego tamaño petate pequeño y el mochilero actual distan varias décadas.

También quedó muy atrás el obrero manual con la bolsa de asas de plástico duro, color hueso y con la leyenda *México 68, Munich 72*, etc. O los que llevaban sus útiles y herramientas en los transportes públicos (incluido algún fontanero con una taza de retrete al hombro).

Ya ha desaparecido aquel tipo fornido que, en verano, marcaba pectorales y sólo transportaba dos útiles aparentemente, las llaves en llavero mosquetón enganchadas al pasador del vaquero y la cajetilla de tabaco, el que fumaba, recogida en una de las mangas de la camiseta.

Después vino la *mariconera*, una bolsa de mano no demasiado grande que, sobre todo, para los que iban de sport (sin americana) servía para guardar objetos personales más variados.

Más tarde apareció la *riñonera*, que entre los trabajadores, sobre todo masculinos, se extendió en la clase de tropa. Pues así como la *mariconera* sí podía conjuntar con el traje reglamentario de mando intermedio, la *riñonera* no. Era, y es pues aún queda alguna, una bolsa marsupial con prolongaciones a modo de cinturón para sujetarse a la altura de los riñones, de ahí su nombre. De capacidad muy semejante a la anterior.

Algunos ejecutivos incorporaron el maletín rígido llamado *portafolios* con gran capacidad como para llevar un set de oficina, incluida alguna camisa o muda (se conoce que por si había que hacer noche en el trabajo). Fueron innovadores en el sistema de cerradura al introducir unas ruedecitas con números para marcar una clave. Desaparecieron y, no creo que lo lleven ya ni los viajantes de comercio.

Probablemente fueron los precursores de las carteras de tela con letrero serigrafiado de congreso o simposio y que han dado paso a los maletines, más o menos rígidos, para PC portátil.

Estos nuevos maletines, los del portátil, son el paso más avanzado, no sólo por actualidad, de los equipajes personales. Permiten llevar el portátil, un set de oficina con disquetes, CDs, lápices de memoria y algún que otro periférico. Cabe el móvil y, hasta es posible, que algún sandwich de Rodilla.

Pero con todo, los dos *grandes* de los *equipajes personales* siguen siendo el bolso femenino, de cuya evolución vamos a hablar y la mochila que, aunque unisex, es mayoritariamente masculina.

Desde que yo recuerdo, y mis noticias son que desde mucho, mucho antes, las mujeres llevan bolso. Es un elemento que en los grandes almacenes distinguen en la sección de *complementos*. Ha habido, y hay bolsos, de mil formas: Grandes, pequeños, capacho,

para colgar en el antebrazo, para colgar en bandolera, de tela, de cuero, de plástico, baratos y muy caros. No se concibe que una mujer, desde que entra en sociedad, o sea, desde que abandona el colegio primario, vaya sin bolso. Lógicamente, según los tamaños, puede haber de todo o nada, como sucede, según dice, con la reina inglesa. Es decir, que forma parte de nuestra propia vestimenta. Tanto para el traje de boda o de fiesta como para el *prêt à porter* o el estilo *hippie*. Decididamente, no se puede ser mujer e ir sin bolso.

Pero, lo que es más, recientemente, quizá porque la corriente de moda actual ha empequeñecido el tamaño, se ve a muchas mujeres que, además del bolso reglamentario, llevan una bolsa de plástico o papel en la que asoma la prensa gratuita y el libro gordo con el que amenizan el transporte.

Como decíamos el otro gran bloque de uniformidad lo forman los mochileros. Ya hemos señalado que es un elemento mayoritariamente masculino. Para bien o para mal, según los gustos, no podemos distinguir entre un estudiante, un fontanero, un trabajador de banca o un ejecutivo de nuevo cuño que, si le dejan salir antes, va a ir a jugar al pádel. Todo cabe en una mochila. En algunos casos parece que, incluso cabe mucho y por ello sus portadores la echan al suelo del autobús o del vagón de metro en cuanto pueden.

Hay, no obstante, algunos signos que nos pueden ayudar a hilar fino en la distinción. El colegial o el estudiante llevan colgadas, y sucias, las dos asas, sin importarles molestar, cual si estuvieran en el funicular de Cercedilla un sábado por la mañana. El empleado de servicios, seguramente porque lleva menos cosas, las suele llevar con un solo asa. También el ejecutivo que lo hace de forma ocasional. El inmigrante, voluminosa. Esto acaba por perjudicar la columna, aunque nada que no corrija el gimnasio.

Ultimamente hay un intento de incorporar el *trolley*, la maleta con ruedas y extensión de asas que, a modo de ama de casa que va al mercado, nos permite arrastrar nuestro equipaje. Aún no ha cuajado, y no se sabe si lo hará. O quizá pasa porque aún no sabemos qué podemos llevar en tamaña capacidad.

Lo dicho, que no tardando mucho habremos de reivindicar, que para eso estamos, un apartado en la parte de atrás o en los bajos del autobús o un vagón específico en el metro para dejar nuestros *equipajes urbanos*.

Septiembre 05